

María Elena Hernández Caballero

TRES METROS CUADRADOS  
DE PURGATORIO



De la presente edición, 2018

- © María Elena Hernández Caballero
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[www.hypermediamagazine.com](http://www.hypermediamagazine.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y corrección: Ladislao Aguado  
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-14-0

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## LA MASCOTA

La señora de Fernández, presa de gran excitación, se asomó sobre la baranda. Al cabo de unos segundos se animó a preguntar qué estaba pasando. Mientras echa su bote al agua el joven se da vuelta y le dice que van a resucitar los muertos.

Hubiera soltado una risotada de no ir atada por una correa al señor Fernández. El señor Fernández, que avanza unos pasos adelantados, anuncia en tono circunspuesto que su mujer acaba de aterrizar.

—¿De dónde?

Pregunta el otro. Impasible los observa. Sobre todo a ella que se le acerca, gorda, torpe. Sacudiéndose el polvo como un perro ovejero.

—De la luna – responde severamente el señor Fernández.

La señora de Fernández tose dos veces. Acostumbrada como está a vivir desconectada de la realidad, disfruta cada segundo de su estadía en Babia. O en la luna, como quisieran llamarlo. A ella le daba lo mismo. Era un problema de interpretación de los otros. Para vivir conectado y aterrizando estaba él. Los años transcurridos en Babia su vida se había tornado en algo verdadero. Allí se sentía cómoda. Hasta se había converti-

do en una mujer práctica, menos sujeta a formalismos. Y sobre todo, podía permitirse algunos lujos. Como este de reír a sus anchas. Nadie la obligaba a gobernar las fluctuaciones del cuerpo que se ponían en marcha apenas soltaba la primera carcajada.

Por eso trata de olvidar el comentario y pone cara de mujer aterrizada, en su sano juicio.

—¿Qué muertos? —pregunta con sencillez.

—Todos —responde el joven. Y agrega—: Busco a mi madre.

La señora de Fernández tose de nuevo y tira de la correa. Por primera vez se siente sofocada dentro de aquel lazo.

Su marido ponía atención exagerada a lo que diariamente sucedía en cualquier rincón del mundo. Los noticieros eran su obsesión, y hasta podría decirse que estaban casados con Rodrigo, el periodista favorito de la radio. Esta madrugada dormía con ellos, pues fue precisamente él quien los sacó de las sábanas con un anuncio insólito. Y ahora el señor Fernández la arrastra hacia la orilla del río obligándola a dar saltos, tropezones. Y todo ese esfuerzo, esa energía desperdigada ¿para qué? ¿Qué habían ganado con ser los primeros en llegar aquella noche, cuando Rodrigo anunció que había reventado un galpón en aquel terreno baldío, o aquel otro día cuando un adolescente mató a tres en el colegio, o inclusive ese otro cuando una mujer paría en la calle y no encontraban ambulancia?

Otros creerían que el señor Fernández transportaba ganado pero, solo ella que le era incondicional, sabía los extremos a los que podría llegar en su sana disposición de ayuda rápida al prójimo. A diferencia suya, el señor Fernández se aferraba al mundo. Era bombero

ocasional, ayudante de la cruz roja, reportero, escalador, explorador nato. Una vez seleccionada la noticia, la arrastraba con él sin remordimientos ni consideración.

Ella tose. Se sacude nuevamente y piensa: Siempre igual, a esta hora Rodrigo debe estar desayunado en su casa, con su mujer e hijos, y nosotros aquí, poniendo el cuerpo a la noticia.

—Si perdió a alguien – escucha muy cerca—, mejor es que busque algo que la ayude a atravesar el río.

El joven intenta ser amable, trata de esbozar una sonrisa para suavizar el gesto descompuesto en la cara de la mujer. Luego toma los remos y salta dentro del agua.

Les dice adiós con la mano.

La señora de Fernández observa, todavía incrédula, las embarcaciones pequeñas que surcan el agua turbia y se pregunta, absurdamente, cómo hace esa masa compacta de gente para evitar embotellamientos.

Da otro paso y siente que se afloja el nudo. ¿Cuántos nudos harían falta aflojar para evitar la presencia de este otro? El que acaba de atraparla por la garganta. Porque siente que su garganta crece. Algo quedó atrapado ahí luego del rápido desayuno y ahora entorpece el flujo de saliva. Escupe. Pero nada. Esto es más de lo mismo, piensa. Un tubo atascado esperando por la pericia del señor Fernández.

Con torpeza da otro paso, y entonces, lo descubre saltando al agua.

Él intenta retener al joven y ella queda, sin aviso previo, sola en aquella jungla. Aturrida arrastra el lazo. Es imperioso gritar. Pero tampoco puede. ¿Dónde estará Rodrigo con su gran antena satelital? ¿Por qué no está ahí para escucharla, Rodrigo que lo sabe todo? ¿Por qué nadie viene en su rescate?

A pocos metros todavía está él. Gesticula. Lo escucha como si los separaran kilómetros.

Logra atrapar ecos de la conversación: Se trata de una alucinación colectiva, ¿no se da cuenta? Se equivoca, intenta convencerlo el joven. No. No me equivoco. Pues para que lo sepa, esto es más real que un edificio.

El señor Fernández se arrodilla en el agua. Suplica a un desconocido total y ella, impotente, perdida, se arrastra hasta la orilla.

Se saca un zapato y mete el pie. El agua está helada. Tan helada como el cadáver aterrizado que sentado contra una roca la mira con atención.

Se estremece.

—¿Quién es? —con dificultad pregunta.

—Es mi padre.

La mujer se aparta del cadáver. Saca un retrato y se lo muestra. Mira, le dice, ¡está intacto! Ella apenas escucha. Piensa en el señor Fernández y en los embotellamientos. ¿Cómo iba a poder rescatarla?

¿Cómo podría salir de allí? ¿Y si en verdad había llegado el día del juicio? Si así era debía ser amable, pues si el señor Fernández no regresaba tendría que sujetarse quién sabe por cuánto tiempo a lo único vivo que tiene cerca: esta mujer.

Atrapa con ambas manos su garganta. La pregunta es gutural:

—¿Cuándo murió su padre?

—Hace veinticinco años, yo solo tenía dos.

—¿Veinticinco años?

—Sí, como lo oye.

A pesar del esfuerzo, de las ganas abrumadoras que tenía de conectarse, seguía sin aterrizar, solo preocupada por el señor Fernández. No comprendo qué

pasa, susurra, veníamos a rescatar a alguien, pero ahora, ahora no queda espacio en el río. Parece obra del demonio.

Entonces la otra, que ya tiene una opinión formada de la gruesa mujer, toma una decisión. Se levanta y, sin más preámbulos, le pide que cuide del cuerpo. Ella debe volver al río.

—Pero no puedes dejarme sola —suplica la señora de Fernández. Lloro. Se limpia las lágrimas con el lazo. Y, entonces, se arrodilla como ha visto hacer a su marido y decide—: Voy contigo.

La otra es enérgica. Niega con autoridad. No quiere escuchar ruegos ni súplicas subidas de tono, como esta que la deja con la boca abierta: Puedo remar. Soy buena en eso, lo juro.

Tiembla hasta la raíz del dedo gordo del pie. Pero la mujer está apurada. Se sube a la lancha y enciende el motor. A la señora de Fernández ya nada le importa. Prefiere lanzarse y nadar en medio de los cadáveres que cuidar de un solo cuerpo. El agua del río era más segura. Si los muertos que ahí flotaban iban a resucitar, ¿por qué tendría que ahogarse ella?

Todos la abandonan. Está más desamparada que el cadáver dejado a su cuidado, que por lo menos la tiene a ella. Es cierto que muerta de miedo. Pero parada y respirando.

Él había jurado defenderla y a esto se reducía ahora el matrimonio: a un punto diminuto sobre el agua sucia. Como si no tuvieran otra cosa que hacer que socorrer a todos.

Finalmente, tose. Grita confusa, oprimida, como si le gritara a él:

—¡Dios, a lo que hemos llegado!



Ahora se tapa los oídos. Ya no distingue los bocina-zos. No en este mundo sonoro. En Babia no hay ambulancias. No existen estaciones de bomberos ni de policías. Allí puede andar suelta sin temor.

Por otra parte, nota que está agotada y que el cadáver se ha puesto demandante. Después de esto, se pregunta, ¿cómo podré volver a la normalidad?

Y, cuando ya daba todo por perdido, apareció su marido. Detrás venía el joven. Parecían tristes, desorientados.

Paralizada, pero llena de esperanza, intenta sonreír.

El joven hace evidente la derrota. La esquivo. Se sube a la camioneta, enciende el motor y espera. Entonces, con total impunidad, el señor Fernández se le acerca. Intenta agarrarla por la correa.

—Vamos a casa —le ordena—, en pocas horas vendrán a drenar el río.

—Pero no pueden hacer eso.

La protesta rebota y la golpea en la cara. Él mueve intermitente el pie, señal de agotamiento de la paciencia que ella conoce bien.

Entonces, la señora de Fernández lo aparta con odio. Está poseída por una repentina frialdad. No lo acompañará. Menos ahora que tiene una resolución, cosa improbable un tiempo atrás. Cumplirá su promesa. Hasta que la mujer vuelva, no se moverá de allí por nada del mundo. Ni siquiera por él. Da la espalda a su marido y de inmediato se sujeta con la correa a aquella otra pierna de hombre.

LA PIEDRA

Ella se acercó y me dijo: dice que te quiere muerta. Dice que me quiere muerta, el diablo se la lleve. A ella y a la otra. Me quedé observando su rostro por brevísimos segundos. Su goce era maligno. Estrujaba con su mirada de águila. Quise preguntarle por qué si así andaban las cosas me había permitido entrar. Pero me contuve, disimulé mi inquietud. Mis ojos se deslizaron ansiosos hacia la escalera que ocultaba la habitación de arriba. Ella sonrió. Intentaba decirme que no pararía hasta verme convertida en un gusano. Pero ese gusano, aún pisoteado, se arrastraría hasta llegar a los pies de Olivia.

Había pasado cerca de un mes desde que tuve que tomar una decisión extrema, obligada por las circunstancias. Corrí. Corrí. Corrí. Durante horas fui solo eso: una cobarde. Me arrojé a los pies de la nada solo para salvar mi vida. Y ahora Olivia me odiaba por eso. Y también Leonor.

Leonor: los mil demonios, el diablo, la bruja de la escoba se la lleven.

Ahora: ¿qué pediría a cambio?, ¿mi arrepentimiento? Pues bien: yo le daría más. Si me querían muerta, estaba lista. Que llegaran, por fin, las torturas imagi-

nadas. Es más: las deseaba, ardiente, profundamente. Marcharía al matadero como una posesa.

No escaparé más, grité.

No más.

¿No ves que estoy lista para saltar? El demonio me quiere para sí.

Mis ojos se deslizaron, nuevamente, hacia la escalera. Tenía que subir. Subir. Solo subir y ofrecerme. Y besar los pies fríos. Porque sus pies debían estar fríos. Tan fríos como la muerte que no llegaba.

La muerte se la lleve y me lleve también.

Ella me paralizaba con sus ojos. Y, entonces, supe que mi destrucción sería lenta, dolorosa y llena de sutilezas. Eso envidiaba de Leonor: las sutilezas. De ella aprendí muchas cosas, algunas en extremo degradantes. Hasta que la conocí no había imaginado lo bajo que se puede caer cuando se es muy joven e inexperto. Sin embargo, secretamente, yo había avanzado mucho. Ahora era una arpía hecha y derecha. Lista para dar batalla.

Desde esa altura ganada me atreví a mirarla desafiante. Me quedaré un rato más, le anuncié sin moverme del asiento. Torció los labios antes de mostrar los dientes. No tiene sentido, me dijo con frialdad, sabes que no participo de esto. Me atreví a contradecirla: Te equivocas. Participas de todo, incluso de esto.

Sonrió.

En su rostro ahora había perplejidad. Pero todavía me observaba por encima del hombro. Yo le hubiera gritado: Leonor, Leonor, ven a revolcarte conmigo en las tierras gobernadas por el demonio. ¿Todavía te parece que no tengo ningún encanto?

Porque desde el primer día, cuando Olivia nos había

presentado, ella se había esmerado en hacerme sentir cuál era mi lugar. Solo contaba como un capricho. La golosina que durante algún tiempo Olivia se llevaría a la boca. Así me veía: suave y empalagosa como un chocolate.

Ella se llama Leonor, el diablo se la lleve.

Un rayo la parta.

A partir de entonces viví con temor. Con miedo atroz de ser abandonada. Los celos me atraparon por la raíz del pelo y no me soltaron. Así sigue siendo hasta el día de hoy. (Otro rayo la parta).

Pero ahora, mientras la tenía parada a escasos centímetros y respirándome en la cara, pude ver con claridad: Leonor me temía. Y si me temía, que se preparara. Me estiré en el asiento para disfrutar del súbito descubrimiento. Mírate, le dije, ya no pareces un general. Ahora eres una vulgar carcelera.

Rió exageradamente.

Avanzó hacia mi unos pasos. Luego retrocedió confusa. Noté con regocijo las pequeñas pulsaciones en el labio superior. Aquel tic nervioso era nuevo. El diablo se había instalado a soplar sobre su labio superior sin pudor alguno.

Qué debilidad: Leonor. Leonor. Leonor. Qué torpeza.

Pero te encantaría ocupar mi lugar, me dijo y yo sentí que tiraba de mi cabello. ¿Tan bajo había caído? ¿Dónde había quedado aquella conversación culta y monocorde? Estaba vacía. Sin contenido. Observando sus movimientos de trasto mal parado comprendí por qué Olivia me había elegido. Ella era inteligente y vieja y yo joven y bella y con ganas de ser feliz.

Otro rayo las parta.

Encendió un cigarro y se me acercó mucho por encima de la mesita de luz. Apretó las manos. Las enroscó. Las desenroscó. Cómo me hubiera puesto a soplar so-

bre la boca temblorosa. Nunca entendiste, me dijo, si lo hubieras hecho, la historia sería otra. Pero tú, que siempre sabes todo, ¿por qué no la protegiste?, le respondí y me quedé absorta en la contemplación del nuevo latido.

Solo dejo que te quedes, me dijo secamente, por ella. Y entonces, y entonces, me atreví a preguntar en un tono que irritaría a cualquiera: ¿solo por ella?

Achicó los ojos negros hasta dejarlos pequeñitos. Buscaba concentración, intensidad máxima. En otro momento hubiera podido fulminarme. En otro momento, porque ahora yo tenía el coraje de sostener el peso de esa mirada.

Dejo que te quedes para que me recuerdes lo equivocada y ciega que estaba ella, dijo y agarró un cenicero y se sentó en la otra silla, al otro lado de la mesita. Tuve ganas de correr. Correr nuevamente. Huir. Huir. Huir de aquella casa custodiada por la carcelera de hierro que templaba el acero llamada Leonor, el diablo se la lleve.

Pero a esa altura ya sabía que quería decirme algo y no se animaba. Si me iba, quizá nunca me enteraría. Los carceleros saben muy bien cuándo abrir o cerrar una puerta. No se abre la puerta de una prisión sin consecuencias. Leonor: abre la puerta, ¿no ves que soy toda oídos, que soy paciente?

Esta vez me sorprendió el tono persuasivo con el que intentó llamar mi atención. Sigues sin comprender, me dijo. Y yo alerta, desafiante: Tengo mucho tiempo. Si no te importa, me gustaría entender. Entonces ella escupió cada sílaba: nunca pude comprender... la violencia conque entraste a mi vida.

Apenas unas palabras y záss.

Zásss.

Záaaaaasssss.

Encendió otro cigarro. Era un hecho: deseaba hablar. Pero, ¿por qué conmigo? Porque hubo violencia: ¿o no? ¿O no?, preguntó y apagó el cigarro casi sin consumir. Me miró directamente a los ojos. Clavé los míos en el cenicero. La punta quemada del cigarro me daba la espalda. Otro rayo me parta preguntó: ¿O no?

Ella pule el acero. A toda hora sin descanso. Su nombre es Leonor, el diablo se la lleve. Y me lleve.

¿Violencia? —pregunté.

Agarró el cenicero, empezó a dibujar círculos con el cigarro apagado. Giró la punta quemada hacia ella y luego, con impaciencia, preguntó: ¿Olivia te contó alguna vez... cómo era mi vida...cómo era nuestra vida antes de que aparecieras? Violencia callaba para no generar más violencia. Finalmente, Violencia murmuró: nunca quiso decirme mucho y yo me limité a tomar las cosas como venían.

Se levantó, caminó por la sala. Violencia despertó, pero no quería generar más violencia. Y, si subía y me tiraba a los pies de Olivia.

Ella se volvió hacia la escalera. Le temblaba ligeramente la barbilla. Retrocedió. Volvió a sentarse. Pero, ¿no hablaban del pasado?, preguntó. ¿Del pasado?, le contesté triunfante. Para ella solo había presente.

Demonio atravesó su rostro y lo surcó, abierta, una arruga en medio de los ojos. Ya fuera por la duda que también me corroía, o tal vez, para mostrar un poco de piedad, pregunté qué le había dicho de mí. Y entonces, por un segundo, pareció humana.

Si te cuento, tanteó, ¿te quedarás? ¿Quedarme? ¿Para qué? Para todo.

¿Qué es todo?

Para entender que la llevó a esto...

Violencia calló. ¿Hasta dónde era todo? ¿Y ese todo,

cómo sería usado después? No debía olvidar: Leonor era una víbora. Y tú, dudé un segundo antes de preguntar, ¿me dejarás verla? No tengo opción.

Así que no tenía opción.

Lo que dije después fue casi un ruego: si nos hacemos daño, ¿podremos parar?

Podremos.

Violencia objetó todavía: sabes que no te quiero.

Lo sé y no me importa.

Volvió a observar la escalera. Parecía tan fácil subir y pedir ayuda a Olivia. La despertaría. Gritaría. Rebufaría. O cloquearía sin cesar. Poco le importaba comportarse como una gallina acorralada.

Violencia sentía una opresión en el pecho que la sofocaba. No creo que pueda, dije.

Podrás, dijo con suavidad Leonor, el diablo se la lleve.

Subimos en silencio las escaleras. Cada escalón me golpeaba con complicidad. Por primera vez los conté. Abrimos la puerta y allí estaba ella, inmóvil, dura. Altanera. Nos sonrió desde la cama con desgano. Y entonces supe que nos estaba esperando. Los instantes intensos son solo eso: instantes, porque un instante bastó para que comprendiera todo. Por fin, asentí. Ella tomó mi mano. La apretó.

Dicen que sus últimas palabras fueron: tírenme escaleras abajo. Pero lo que en realidad dijo quedará sepultado como una piedra queda sepultada por otra.



# ÍNDICE

La mascota	7
La piedra	15
Lectura de mano	23
Tres Marías	29
Temo por Lenin	35
Herencia	41
Fósforos encendidos	47
Donato	53
Un autentico rottwelier	59
Lo llamaremos antonio	65
Hay cosas que no caben en el decir	69
Fatiga	75
No escuches al viento	81
Gritan en Suecia	89
Locomotora Matilda	95
Ala rota	103
En la azotea	111
Lucía en el cielo	117

